



**El destino final de Dayu Matsumura**

**Ángeles en Tokio III**

**Naru Ishida**

*No está permitida su libre distribución ni intento de plagio.*

*[www.naruishida.com](http://www.naruishida.com)*



## Capítulo 10

### El interrogatorio

— Nunca había valorado tanto la vida como ahora. — Noriko dijo esas palabras mientras miraba distraída a Saito, el cual se encontraba con Dayu solicitando el desayuno, a escasos metros. Era temprano y estaban en una cafetería cercana al hotel. Seiya miró un instante a su amiga y luego dirigió también la vista hacia ellos. Ambos se encontraban aguardando en una mesa y Noriko se apoyaba con los codos sobre la misma, sujetando su cabeza con ambas manos. — Yo podría haber sido esa chica, ¿sabes? Ahora mismo podría estar tirada en esa cama, cubierta de sangre, muerta... pero él me salvó de los ataques de Alastor. Matsumura tenía razón, mereció la pena correr el riesgo. — los ojos castaños de la chica brillaban. Seiya sonrió y la miró un instante, sabía a lo que se refería.

— Claro que mereció la pena. Vaya, es tan hermoso... —su vista celeste se posó en Dayu, que en ese momento pinchaba a Saito con sus bromas, como era costumbre.— Anoche, me dijo que ya iba a completarme.

— ¿Tan pronto?

Seiya se encogió de hombros.

— Vaya... —Noriko se mordió el labio— Presiento entonces que a mí no me faltará mucho. Tendría sentido que nos completásemos entonces en este momento, estoy segura que Asgaard lo tiene todo previsto.

Seiya asintió.

Era día de luto en la escuela Juvenil de Hokubu, las clases se habían suspendido pero las compañeras de Yuko asistieron por orden del director. Los cuatro guardianes aguardaban en un despacho cuando el director, junto con dos chicas, aparecieron por la puerta.

— Disculpen por la espera, estas señoritas son compañeras de la víctima y quizás puedan arrojar un poco de luz a este caso, por lo que tienen permiso para realizar las preguntas que consideren oportunas. Ellas... son las únicas que vieron el cuerpo, para su reconocimiento, Yuko no tenía familia.

Realmente las chicas parecían muy afectadas por la muerte de su amiga, ambas se sentaron entrelazándose las manos y observaron a las personas que allí se encontraban.

— Son... ¿son ustedes policías? —preguntó una de ellas extrañada al ver el aspecto de los góticos.

— Digamos que somos expertos en muertes... paranormales —indicó Noriko, acercándose.— Lo que necesitamos saber es sobre todo cuál era el comportamiento de Yuko antes de... bueno antes de su muerte, si os habló de algo extraño, no importa el qué, si estaba asustada por algo o...

— Sí —dijo una de las chicas, su amiga la miró con asombro y la lanzó una mirada de advertencia.

— Vas a contar... pero eso no creo que sea...

— Tú la has visto al igual que yo, y eso no lo hizo una persona.

— Pero vamos, no me vas a decir que crees en esas cosas, razona un poco, ¿demonios? si no existen.

— Sí existen —se adelantó Dayu poniéndose en pie y cruzándose de brazos. — Al igual niña, que existen los ángeles. — Sin previo aviso Dayu desplegó las alas, inmensas, negras como la noche. Saito se puso la mano en la cara, exasperado. Las chicas se quedaron petrificadas y ahogaron un grito— Y ahora que no tenéis dudas, contestad por favor a la pregunta.

— Dios mío... ¿esto es real?

— Yo lo sabía, sabía que existían y Yuko lo intuía —la otra compañera habló despacio— Desde hace algún tiempo decía que un demonio la atacaba mientras dormía.

— ¿Cómo la atacaba? —se interesó Noriko.

— Ella decía que la robaba el aliento, que sentía el peso de su cuerpo, que la paralizaba y que incluso... la tocaba.

— Ese demonio, ¿sabes si habló alguna vez? ¿Dijo su nombre?

La chica asintió y agachó la cabeza, las lágrimas afloraron de nuevo.

— Tenía esto escrito en su cuaderno, cuando abandonó la clase —lo mostró. El nombre de Alastor estaba escrito con múltiples trazos.

Una mirada elocuente entre los cuatro guardianes. El director se secó la frente con un pañuelo, estaba claramente nervioso.

— ¿Le conocen?

Noriko asintió pero no pudo hablar, por lo que Dayu se adelantó.

— Alastor es un demonio incubo, ataca a sus víctimas de la forma en que lo has descrito, pudiendo llegar incluso a quitarlas la vida, tal como ha sido en este caso. En fin, parece que la cosa está clara.

— ¿Era el único demonio o mencionó a alguien más? —preguntó de pronto Saito.

Ambas negaron con la cabeza. Seiya se acercó despacio y se agachó junto a ellas.

— Vuestra amiga está ahora en el seno del Paraíso, estoy seguro.

Aquella mirada celeste, pacífica, sin duda la de otro ángel, hizo que ambas amigas se tranquilizasen y resoplasen de alivio. Asintieron.

— Vaya, ¿de verdad sois ángeles?

— ¿Necesitas más pruebas? —preguntó Dayu con una sonrisa perversa. Noriko y Saito le fulminaron con la mirada.

— Sí, pero guardarnos el secreto, ¿de acuerdo? Matsumura, déjalas que ya han tenido bastante. —dijo Noriko.

— Un momento, yo te conozco, eres ese modelo, el del anuncio.

— Así es —un gesto triunfal en el rostro del ángel de la oscuridad— Y niñas, os voy a prometer algo, atraparemos al hijo de puta que hizo eso a vuestra amiga, podéis estar tranquilas.

Una mirada de admiración por parte de Seiya.

Cuando abandonaron la escuela, los cuatro se dirigieron de nuevo al almacén donde habían estado la noche anterior, para reunirse con Gabriel. Tenían que relatarle lo acontecido en la escuela e intentar aclarar lo que estaba ocurriendo.

Al llegar, tanto Gabriel como Miguel les aguardaban, junto con alguien más que estaba oculto entre las sombras. Como siempre, Dayu dirigió una mirada de desconfianza a Gabriel pero se interesó más por saber quién lo acompañaba. Un chico se encontraba sentado en una desvencijada mesa y al verles se puso en pie. Vestía ropa deportiva y mantenía la cabeza agachada, oculta tras una gorra con visera. Era de baja estatura y se acercó dando pequeños pasos, se sujetó la visera con una mano blanca y pura como la nieve virgen.

— Gracias por venir.

Saito abrió mucho los ojos. Dayu se percató de este hecho y miró de nuevo al chico, que retiró la gorra haciendo que se soltase una melena rubia y lisa. Le observaron y se quedaron literalmente clavados en el sitio, a excepción de Noriko que no parecía conocerle.

— No me jodas, esto ya es demasiado...

— Cállate Matsumura —recriminó Saito. — Este dio unos pasos y se arrodilló ante aquel chico, Seiya hizo lo mismo.

— Asgaard, ¿a qué debemos el honor de su visita? ¿No es peligroso que esté aquí y...?

— ¿Asgaard? —repitió Noriko. Sus rodillas flaquearon, observó a Gabriel, su mentor y este asintió. La chica dio unos pasos vacilantes y también hizo intención de arrodillarse.

— Por favor, no hagáis eso. —inmediatamente observó a Matsumura, quien, en aquel momento, podía matar solo con la mirada. La expresión de Asgaard, sin embargo, denotaba lástima.

— ¿Qué haces aquí? ¿Te aburres en tu gran Paraíso y vienes aquí también a joderme? Y tú Saito... me sorprendes, te arrodillas ante alguien que también te puteó y te obligó a vivir como un renegado.

Este se levantó y fue hacia él, su aspecto era temible, como cuando estaban en el Inframundo.

— ¡Cállate de una maldita vez! —le señaló con el dedo— Tú no sabes nada Matsumura, estamos aquí por algo mucho más importante que puede decidir el destino del mundo así que deja a un lado tus temas personales, al igual... que yo dejo los míos, ¿estamos de acuerdo?

Sin decir nada, Seiya se dirigió a Dayu, le tomó de la mano y le llevó fuera. Realmente era el único que podía tranquilizarle. Al salir, Dayu intentó no mirar a los ojos de su amante, se separó de él y quedó de espaldas mirando el atardecer en la bahía.

— Se lo que vas a decirme.

Seiya se acercó un poco.

— Comprendo cómo te sientes, ellos te apartaron de su lado. Sé que no tuvo que ser fácil pero... podrías verlo como una oportunidad. Te arrepentiste, ya diste el paso más importante.

— No gracias a ellos.

Seiya se mordió el labio, se puso frente a él pero Dayu seguía observando el atardecer.

— Esa chica, Yuko, era inocente... la humanidad es inocente de la batalla que pretende iniciar Azazel. Tú eres también inocente, también lo has sufrido. Es nuestra guerra y juntos debemos hacerle frente. Él es el causante, no Gabriel ni Asgaard...

— Mientras estabas recluido en el Inframundo —comenzó a decir Dayu aún sin mirarle— estuve salvando almas, las suficientes para que de nuevo se me perdonase. Pero no lo han hecho, está claro que no importa lo que haga.

— Sí que importa, a mí me importa.

Ahora Dayu se obligó a mirarle, los ojos celestes de Seiya brillaban con la luz del sol. Sus labios temblaban.

— Maldita sea, no me mires así...

— Nos hemos sacrificado mucho para estar ahora aquí. Míranos, ¿acaso no merece la pena luchar por ello?

— Esa no es la cuestión, claro que merece la pena. Mira, sé que el rencor me ciega y quiero detenerlo pero... —miró al almacén con aprensión— Siento que solo me utilizan, que nos utilizan porque ellos no pueden ensuciarse las manos.

Seiya negó con la cabeza.

— El mundo puede estar en gran peligro y nosotros somos los únicos que podemos hacer algo, tú mismo has sido testigo de que puedes utilizar tu poder para el bien.

Ahora Dayu le miró con extrañeza.

— ¿Desde cuando eres tan decidido? —una leve sonrisa.

— Supongo que lo he aprendido de ti. —respondió Seiya encogiéndose de hombros.

— No voy a entrar ahí pidiendo disculpas.

— No he dicho que lo hagas...

Un beso, Dayu se agachó para dárselo mientras el sol se despedía tras el horizonte. Toda su ira se desvaneció, su rencor mitigó al sentirse necesitado. Seiya respondió al beso, dulce, cálido. No era el beso de una bestia sedienta de muerte y destrucción, era el beso de un ángel que había comenzado a ver la luz que le habían arrebatado. Y quien lo hizo, no se encontraba en aquel almacén.

Entraron de nuevo.

Todos se encontraban sentados en sillas que habían dispuesto en círculo. Por lo que hablaban, parecía que Noriko y Saito ya les habían puesto al tanto de lo ocurrido en la escuela. Dayu cogió una silla, la acercó, la puso con el respaldo hacia adelante y se sentó con gesto serio sin decir nada.

Gabriel se encorvó hacia adelante y entrelazó las manos antes de hablar.

— Bien, por lo que habéis contado, ya no nos cabe duda. Azazel ha iniciado la guerra y lo que ha ocurrido en esa escuela es un claro mensaje, pero también algo más como sospechaba Rafael. No está solo —miró ahora a Asgaard— está despertando a sus predecesores, ya lo hizo con Alastor, y la firma de Astaroth también estaba presente... Esto no es bueno.

— Está actuando a la desesperada —dijo de pronto Asgaard que se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro— Está buscando toda la ayuda posible o intenta encontrar el portal del Inframundo.

— O ambas cosas —intervino Saito.

— Él sabe que su mundo llega a su fin, por eso pretende dominar el resto y para eso utilizará todos los recursos de los que disponga. Sin embargo, esto agrava más las cosas, no podemos permitir que despierte a todos y mucho menos al primero.

— ¿Quién... quien fue el primero? —se atrevió a preguntar Seiya, por lo que Dayu le dedicó una mirada de preocupación. Fue él quien le dio la respuesta.

— Yo sé quién es... —miró a Asgaard— es Lucifer, el primer ángel caído.

Tanto Noriko como Seiya se sorprendieron mientras que las miradas del resto eran de evidente preocupación.

— Si es así, nos puede dar más tiempo para actuar rápido, despertar a los demonios no le debe resultar sencillo, a pesar de su gran poder. Lo que sí nos debe preocupar es que encuentre el portal que le saque del Inframundo, si ocurre eso, le estaremos entregando el mundo humano y el Paraíso en bandeja de plata. No podemos permitirlo. —Asgard hablaba tranquilo a pesar de la grave situación.

— Un momento, él no es un guardián, no puede cruzar un portal ¿o sí? —Dayu dudó, pues Azazel era su hermano gemelo y quizás por su vínculo con él sí pudiese hacerlo, además estaba claro que Asgaard pensaba lo mismo— Bueno pues habrá que detenerle antes, yo veo la solución bien sencilla. —Continuó— Nosotros podemos atravesar los portales, vayamos al Inframundo y acabemos con él, antes de que pueda seguir despertando a sus amigos.

Asgard negó con la cabeza.

— No permitiré que nadie de los míos vuelva allí.

El gesto de Saito fue neutral pero Dayu se extrañó mucho por aquel comentario y soltó una risotada.

— Vaya, ahora que nos necesitas te preocupas por nosotros... que conmovedor.

Con el semblante serio, Asgaard se puso delante de Dayu.

— ¿Quieres volver a arriesgar la vida de Seiya? Él no puede volver allí, ninguno lo haréis.

Dayu no respondió y Seiya tomó su mano en una señal tranquilizadora.

— Esto es lo que haremos. Seiya, Noriko, habréis comprobado que el proceso para completaros en el mundo humano ya ha comenzado.— Estos asintieron —He tenido que acelerar vuestro proceso pues ya no nos queda tiempo, es fundamental que contéis con todo vuestro poder, sobre todo tú, Noriko. Saito se encargará a partir de ahora de tu instrucción.

Dayu estalló en carcajadas mientras la chica abría exageradamente la boca.

— ¿Qué clase de instrucción? Con Gabriel ya aprendí lo que...

— ¿Aprendiste a luchar? —preguntó Saito.

— No, pero...

— Encanto, no sabes lo que te espera. Madre mía lo que me voy a divertir... —rió Dayu.

— Tú la ayudarás también. —añadió Gabriel, por lo que Dayu cambió su gesto.

— No te preocupes, todos lo haremos —dijo Seiya, pero esto no hizo que Noriko abandonase su gesto de preocupación.

— Una vez os hayáis completado —prosiguió Asgaard— acudiréis a la Frontera, se establecerán turnos de vigilancia por parejas.

Ahora Dayu abrió mucho sus ojos cristalinos, realmente deseaba ver cómo era aquel lugar. Le parecía increíble que pudiese ser testigo de algo que para la humanidad seguía siendo un interrogante y eso le enorgullecía aún más. La Frontera era aquel lugar donde se custodiaba el universo y todos los portales, era el eje de todo, así se lo explicó una vez su maestro. Por aquel entonces aquella historia parecía algo irreal y fantástico. Pero en verdad existía, y no solo eso, él era un guardián al igual que Seiya, Noriko y Saito, y solo ellos podían restaurar el equilibrio.

Tras un rato de silencio, Miguel preguntó.

— ¿Quién tiene la custodia de las dagas?

Ante esta pregunta, Saito levantó un poco la mano. Tanto Miguel, como Gabriel y Asgaard hicieron muecas de extrañeza.

— Yo le pedí que las custodiase. No me fio de mí. — dijo Dayu encogiéndose de hombros, como si tal cosa.

Más bien quería decir de Azazel, pero todos comprendieron.

— Están a buen recaudo —contestó Saito en tono tranquilizador, pero lo dijo mirando a Seiya. Este detectó enseguida que no solo se refería a las dagas. Estas permanecían guardadas junto con otra cosa que parecía de gran valor: la sangre de Seiya. Este se la había entregado a Saito



en una botellita, justo antes del salto en el tiempo, diciéndole que debería utilizarla en el momento justo. Pero ninguno de los dos sacó ese tema, de hecho Saito no podía recordarlo al haber nacido de nuevo en el mundo humano tras su muerte, pero sabía que era muy importante y que estaba relacionado con las dagas, de eso no tenía la menor duda.